

EL COFRE DE LA SABIDURÍA Y OTROS CUENTOS

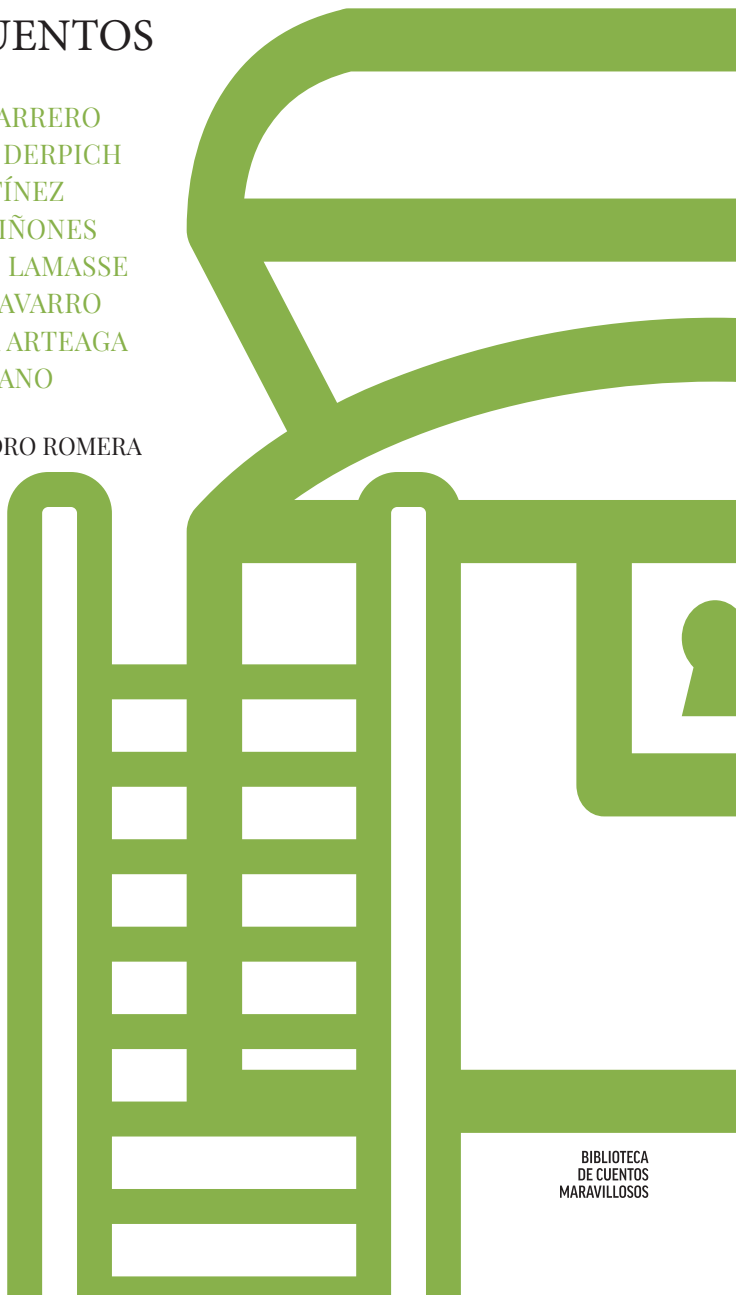
ELENA NAVARRO BARRERO
ANDREA PACHECO DERPICH
DAVID ILLÁN MARTÍNEZ
ROCÍO MÉRIDA QUIÑONES
ANNE-CHARLOTTE LAMASSE
ÁNGELA ARTERO NAVARRO
ARANZAZU GRACIA ARTEAGA
MIRYAM ERRO ELCANO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS



EL COFRE DE LA SABIDURÍA

Y OTROS CUENTOS

ELENA NAVARRO BARRERO
ANDREA PACHECO DERPICH
DAVID ILLÁN MARTÍNEZ
ROCÍO MÉRIDA QUIÑONES
ANNE-CHARLOTTE LAMASSE
ÁNGELA ARTERO NAVARRO
ARANZAZU GRACIA ARTEAGA
MIRYAM ERRO ELCANO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2019

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Deemak Daksina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El cofre de la sabiduría y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2019

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-8-0

Depósito legal: MU 711-2019

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	7
EL COFRE DE LA SABIDURÍA ELENA NAVARRO VALERO	9
BLANCA AMAPOLA ANDREA PACHECO DERPICH	19
EL VIEJO BÚHO Y EL PÁJARO CAÍDO DAVID ILLÁN MARTÍNEZ	25
LA NIÑA MARIPOSA ROCÍO MÉRIDA QUIÑONES	35
ALLÁ A LO LEJOS, VERS LES CIMES ANNE-CHARLOTTE LAMASSE	39
DE LUGARES, PAISAJES Y MATRIAS ÁNGELA ARTERO NAVARRO	47
LA BRÚJULA MÁGICA ARANZAZU GRACIA ARTEAGA	53
ELIF Y LA PIEDRA MÁGICA MIRYAM ERRO ELCANO	61
«AHORA TE TOCA A TI»	67
«ÉRASE TU VEZ»	75
ANEXO	85

AGRADECIMIENTOS

Este libro debe su buena presencia a Daniel Caballero, responsable de la maquetación y diseño, por el cariñoso cuidado con que lo hace y la grandeza que les imprime.

A Mikel Marcé, corrector profesional, que trata cada página como si fuera un diamante por pulir.

Gracias de todo corazón.

PRÓLOGO

Cuentan las leyendas que los príncipes encantados se convierten en sapos —que son dragones en miniatura, la unión del águila y la serpiente, el cielo con la tierra— y que, cuando croan a la luna, su canto se oye más allá del entendimiento, es un croar que lamenta su existencia, tan apartada de la eterna belleza de la princesa. Pero cuando alguna de ellas —de las princesas, digo— consigue superar su rechazo a esa fealdad y besa al príncipe sapo, todo cambia, el amor ha vuelto a hacer de las suyas. Y esto, que en sí es un cuento y no parece mucho, es todo.

Cuando un grupo de personas decide compartir un viaje a través de las cavernas del mito y se lanza a la búsqueda de tesoros escondidos, hay que descubrirse ante ellos, son los nuevos héroes y heroínas de nuestra época, gentes que tienen miedo pero que han decidido mirarlo de frente para acabar con tanto dragón y tanta miseria moral. Y salen fortalecidos y entonces nos cuentan su viaje para que podamos agarrarnos a la esperanza de que hay salida a tanta confusión y estremecimiento.

Los días 31 de mayo y 1 y 2 de junio de 2019 se reunieron ocho personas en un lugar con resonancias míticas, la Casa de la Piedra, en Murcia, para iniciar la travesía de escribir el cuento de su vida.

Y lo consiguieron, vaya que si lo consiguieron. Echa un vistazo a los cuentos que componen este volumen y lo podrás comprobar. Son mitos contemporáneos cargados de símbolos, metáforas y lecciones de vida. Han superado el miedo a observar el pasado con mirada benévola y con ello han escrito un relato, cuaderno de campo para nosotros, que nos muestra que la vida, en su inefable tapiz sagrado, es algo que merece la pena vivir. Y en eso estamos. Elena Navarro Barrero, Andrea Pacheco Derpich, David Illán Martínez, Rocío Mérida Quiñones, Anne-Charlotte Lamasse, Ángela Artero Navarro, Aranzazu Gracia Arteaga y Miryam Erro Elcano son el héroe y las heroínas del viaje que atesora esta edición. *El cofre de la sabiduría y otros cuentos* es el sexto libro de la colección Biblioteca de Cuentos Maravillosos, que va creciendo como las aguas mansas de un río bien alimentado. Ocho cuentos, dos idiomas, ocho personas e infinidad de símbolos y metáforas que nos mostrarán nuevas sendas luminosas para seguir caminando con certeza.

EL COFRE DE LA SABIDURÍA

ELENA NAVARRO

Erasede una vez una niña que soñaba con ser marinera y conocer rincones insólitos de la tierra. Aprendió a nadar antes que a caminar, lo aprendió de una sirena aquel atardecer en que se adentró en el Mediterráneo mientras su padre pescaba contemplando el horizonte.

Se llamaba Segunda porque fue la segunda en nacer. Su hermana mayor, Janu, tenía un baúl mágico que de cuando en cuando abría a escondidas para adentrarse en él. El cofre tenía una escalerilla que conducía a una senda luminosa poblada de pájaros de colores, alguna que otra rana chillona y duendes juguetones. La primera vez que bajó por aquella escalerilla, sólo se atrevió a llegar hasta el final del camino ancho y luminoso, hasta que el follaje empezaba a ser espeso, y el camino, más estrecho y oscuro.

En sucesivas visitas y paseos por aquella senda, aprendió a saltar y chillar como las ranas, cantar como los pájaros, y esconderse y hablar como los duendes.

Los duendes eran muy divertidos, aunque a veces se ponían pesados haciendo muecas o sacando burla, sobre todo cuando no le apetecía jugar con ellos. Cuando entraba en el cofre a escondidas con sus hermanas pequeñas era mejor porque los duendes las respetaban más y se reían muchísimo imitándolos y jugando con ellos.

Un día que volvió sola, los duendes se pusieron tan pesados que ella empezó a calentarse, a calentarse, a calentarse tanto, que cuando casi iba a arder, gritó tan fuerte que los duendes salieron huyendo hacia el bosque. De pronto se oyó un estruendo, los pájaros levantaron el vuelo hacia allí y las ranas desaparecieron como por arte de magia. Ella salió corriendo en la dirección opuesta, subió la escalerilla, cerró el cofre y puso encima de él el Diccionario de la Lengua Española, el de sinónimos y antónimos, y la Biblia. El corazón le latía tan fuerte que sus hermanas pequeñas, Nemrak y Anitsirk, lo oyeron desde la habitación de al lado y fueron a ver qué pasaba.

—No tendrías que haber ido sola —le dijo Nemrak, entre preocupada y curiosa.

—¿Quién ha tocado mis cosas? —se oyó gritar a la mayor en tono amenazante.

Segunda escuchó los pasos rápidos y fuertes por el pasillo hasta tenerla delante señalándola con su gran índice:

—¡Ordena la habitación y no vuelvas a tocar mis cosas!

Dicho y hecho.

Pasaron algunas estaciones hasta que un día de lluvia, cosa que era bastante rara en su ciudad, cuando jugaba en el patio del colegio, se encontró con una vieja gitana con un ojo de cristal que la miró con una sonrisa encantadora y le preguntó:

—¿Aún no has entrado en el bosque?

Segunda se asustó un poco —¿cómo podía saber esa gitana aquello?—. Esa misma tarde, al verse sola en casa, se encerró en la habitación, buscó el cofre y se adentró en él...

Al llegar a la entrada del bosque, un ogro le gritó:

—¡No puedes pasar, niña!

Ella se asustó, pero respiró hondo, apretó los puños y preguntó:

—¿Por qué no?

En respuesta el ogro dijo:

—¡Porque no! —y le propinó un guantazo que la lanzó contra el suelo.

En cuanto se recuperó del golpe, y sobre todo del susto, avanzó gateando. Había algunas plantas que pinchaban y arañaban, y piedrecitas que se le clavaban en las rodillas y las palmas de las manos, pero siguió avanzando lentamente, curiosa, decidida, hasta que de pronto... ¡POM! El piezanco del ogro se interpuso en su camino:

—¿Adónde te crees que vas? —gritó con su voz ronca y grave.

Entonces apareció un coro de brujas con verrugas en la cara que decían al unísono:

—¿Adónde vas? ¿Adónde te crees que vas?

A ratos la empujaban y se reían de ella imitando sus gestos. Estaba tan asustada, cansada y dolorida, que empezó a llorar sin consuelo mientras escuchaba aquel eco cruel.

—¿Adónde te crees que vas? ¿Qué se habrá creído?

Se acercó al pie de un roble centenario que estaba muy cerca y le ofrecía un lecho de hojas secas y crujientes que olían a canela y allí se fue acurrucando entre sollozos.

Cuando se despertó, no había ni rastro de las brujas y el ogro. La luz se colaba entre las ramas del árbol y los pájaros cantaban. Entonces apareció un hada de largo cabello moreno y brillante, y la cogió de la mano.

—No llores, pequeña, no llores —le dijo, y comenzó a hacer muecas, a bailar y a decir tonterías hasta hacerla reír a carcajadas.

Una vez calmada, el hada le entregó un anillo.

—Póntelo en el dedo anular y, cuando te sientas muy abrumada o estés en situaciones difíciles, frótalo con el pulgar y te ayudará a no perderte.

Segunda dio las gracias al hada, que se fue volando marcha atrás para despedirla con su mirada dulce y sabia.

Siguió caminando y se encontró con un centauro que la invitó

a conocer el bosque. Fue muy divertido, cabalgaron por valles y montañas y conoció a otros centauros y Amazonas. Su nuevo amigo le habló de la vida del bosque y le enseñó a distinguir las setas más nutritivas de las venenosas, a respirar para acallar a las ranas chillonas, evitar a los sapos pegajosos y a sortear las mordeduras de las culebras venenosas.

—Mira —le dijo un día señalando una gran flor cercana.

Era asombroso, un colibrí agitaba sus alas y sus plumas brillaban en todos los colores del arco iris.

—Cada vez que aparezca sabrás que empieza una nueva etapa.

Ella lo miró, se miraron. Ambos sabían que había llegado el momento de separarse. Lo abrazó y le dijo adiós definitivamente.

Apenas había dado cuatro pasos cuando cayó en un hoyo que la lanzó a toda velocidad sorteando curvas, como si de un tobogán gigante de un parque de atracciones se tratara. No podía ni pensar de la emoción y la sensación de vértigo juguetón. De pronto, tras una bajada vertiginosa, empezó a subir como atraída por un imán, hasta que se vio de pronto sobre unas viejas vías de tren. Frente a ella, una ciudad preciosa se dibujaba sobre la colina, con edificios revestidos de azulejos de colores, un gran río, puentes de hierro, edificios victorianos y muchas callejuelas que subían y bajaban según te alejabas o acercabas al río. Segunda, alucinada, curioseó por algunos rincones de la ciudad, y de pronto, en medio de un gran jardín, encontró un palacio de cristal. Se quedó allí plantada contemplando el parque y el palacio, pensando en todo lo que estaba descubriendo desde que llegara, en el nuevo lenguaje que empezaba a hablar, con cierta soltura, con los amables habitantes que iba encontrando.

Apareció entonces un apuesto príncipe espigado que la saludó con la reverencia propia de un aristócrata bien educado.

—¿Vendrías conmigo al baile que hay esta noche en los jardines del palacio? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo ella, y quedaron a una hora para encontrarse en la puerta del jardín.

La orquesta interpretaba la mejor sinfonía jamás compuesta, y ellos bailaron y hablaron con muchísima gente. El príncipe sabía muchos cuentos, diferentes idiomas y un largo etcétera de canciones, que compartió con Segunda a lo largo de muchas semanas.

Un día, mientras daba uno de sus largos paseos por la ciudad, se encontró una bruja chistosa con la que estuvo hablando y riendo un rato largo. Antes de despedirse, la bruja le dijo que llevara cuidado con el jorobado, que si lo miraba a los ojos caería en una extraña y desgraciada enfermedad.

—¡Qué raro! —pensó ella—. Qué cosas tiene esta bruja loca.

Varias semanas después, cuando estaba comiendo en el río con sus nuevas amistades, apareció el jorobado. Ella trató de evitar mirarlo a la cara, una y otra vez, pero al final sucedió, lo miró y él la miró, y ya no hubo vuelta atrás. Empezó a sentirse cada vez más cansada, taciturna, triste... El príncipe la vio languidecer y, antes de partir a su país de origen, le regaló un cuaderno y le dijo:

—Escribe, amiga.

Empezó a escribir de vez en cuando, pero nada de lo que escribía tenía demasiado sentido, como seguir en aquella ciudad.

Aquella mañana vio al colibrí, preparó una mochila con agua y algo de comida, y empezó a alejarse de la ciudad.

En las afueras de la ciudad encontró un muro con un portón de madera, antiguo, con tallados en forja y un gran pestillo que le costó muchísimo abrir. Apenas entró, el portón se cerró de golpe y se quedó a oscuras. Gritó, empujó la puerta en vano, volvió a gritar fuerte, pero nada, no se oía ni se veía nada. Caminaba a tientas, tocaba la pared a uno y otro lado y se dio cuenta de que se encontraba en un túnel. Caminó por el túnel arrastrando los pies y el alma, estaba muy oscuro, a ratos le parecía escuchar el eco de las viejas brujas <<¿Qué te crees?>> y, de pronto, reparó en que se estaba

haciendo pequeña. Se le caían los pantalones y tenía que apretarse el cinturón, el anillo había desaparecido de su flaco dedo. Estaba preocupada, triste y sola en aquel túnel interminable. Se oyó el eco de una bruja que repetía riendo:

—¡Oscuridad, oscuridad! ¡Ja, ja, ja!

Angustiada, comenzó a llorar, y lloró tanto que se formó un riachuelo a sus pies. Estaba allí, sola, sollozando, cuando una nubecilla de luciérnagas iluminó el túnel. De pronto, la silueta de una señora fuerte y luminosa vestida de blanco y verde le dio un pañuelo bordado que sacó de su pecho prominente. Aquel pañuelo era mágico, ya que secaba y se mantenía seco y suave siempre. Aquella señora le dijo entonces que Segunda no era un nombre adecuado para una mujer y la invitó a mirar el pañuelo:

—Anele —leyó.

—¿Te gusta? —le preguntó la señora.

Anele supo en aquel momento que había encontrado un nombre propio. La diosa se despidió diciéndole una sola palabra:

—Paciencia.

La nube de luciérnagas iluminó el espacio durante horas. ¡Era alucinante! Descubrió que las paredes estaban escritas con textos de viejos filósofos. Había también ilustraciones de todo tipo, rimas y leyendas. Estuvo mirando las paredes hasta que algo le rozó la pierna, era un pequeño lobo blanco de patas finas y mirada penetrante, como de persona. Las luciérnagas desaparecieron y todo se quedó a oscuras; Anele cayó rendida allí mismo. El lobo, a sus pies. Cuando abrió los ojos percibió claridad al otro lado. Allí estaba la salida, por fin.

Cuando estaba llegando a la salida, exhausta y medio cegada por la luz, otra silueta femenina se interpuso entre el resplandor del exterior y ella. Ese hada le ofreció una caja que desprendía un aroma delicioso.

—Come —le dijo—, necesitas fortalecerte.

Con cada bocado, Anele sentía que iba recuperando su talla, su fuerza y su alegría. El hada se alejó con un sonido de cascabel. El lobo movía el rabo contento y salió corriendo del túnel detrás del hada.

Cuando Anele salió, se encontró en la pérgola de la casa del campo a donde solía ir de niña. Allí estaban casi todos: su familia, sus hermanas, la sirena asomando su cabeza en el estanque, el ogro, las brujas, los duendecillos correteros, el príncipe con su familia, el colibrí. Las diosas servían los platos y todos disfrutaban del maravilloso banquete.

A partir de aquel día supo que siempre se sería fiel a sí misma y que la sabiduría se encontraba en el camino, incluso en el túnel más oscuro.

BLANCA AMAPOLA

ANDREA PACHECO DERPICH

Blanca nació envuelta en una manta entre el olor del dulce de amapola y el frío invernal.

La manta la protegía de cualquier peligro. Su madre no quería que nada le sucediera. Por eso rara vez salía de casa y, cuando lo hacía, era únicamente hasta el portal. No recibía los rayos de sol, no tenía contacto con nada y un día su piel comenzó a desprendérsele como finas pelusas. Blanca pasó de no salir de casa a no salir más de su habitación.

Desde su ventana miraba el paisaje: pájaros de colores, nubes copiosas y la gran montaña a lo lejos.

—Mamá, ¿qué se esconde detrás de la montaña? —le preguntaba cada mañana.

—Nada que no tengas aquí —le respondía su madre.

Blanca creció, así como su deseo de cruzar un día la montaña.

Una noche en que todos dormían se sintió tan fuertemente atraída por ella que decidió salir. Se despojó de su manta y se echó a andar. Se dejaba llevar por el ruido del río. Su corazón palpitaba a medida que se alejaba de casa. De pronto sintió el agua acariciar sus pies. Un frío recorrió su cuerpo. Se dejó caer en el agua hasta sumergirse en ella. Allí se quedó en el fondo dejando que sus cabellos flotaran como medusas.

Cuando en eso una red la capturó llevándola hasta la superficie. Blanca luchaba para librarse, pero la red cortaba su delicada piel a tal punto que la sangre le corría por sus extremidades y entre piernas, parecía que su cuerpo estaba hecho de finas carreteras que se entrecruzaban.

Cuando al fin, exhausta, dejó de luchar, divisó la silueta de un hombre. Era un pescador que la miraba absorto:

—¡Menudo pez! —murmuró sin salir de su asombro al ver aquella joven emergiendo del agua.

El reflejo de la luna revelaba cada vez más sus rostros.

—¡Qué hermoso es! —pensó Blanca al descubrirlo—. Jamás se había topado con un hombre igual.

El pescador limpió cuidadosamente las heridas de Blanca. Ella sentía un cosquilleo por todo el cuerpo, como si tuviera pececitos de colores recorriéndola. Había uno en particular que jugueteaba por su vientre. Era el más pequeñito. El pecesito comenzó a dar brincos. Blanca intentaba atraparlo con sus manos.

—Algunas veces debemos dejar ir lo que amamos para descubrir lo que realmente deseamos —se atrevió a decir el pescador al verla reteniéndolo entre sus manos.

Blanca se quedó mirando el pecesito que luchaba por irse y finalmente lo devolvió al agua. El pez de un solo salto se sumergió y, de repente, un camino plateado se dibujó a lo largo del río. Blanca sonrió y comprendió que era hora de seguir.

El pescador hubiera querido que se quedara con él para acompañar su solitario corazón, pero sabía que ella no le pertenecía, que su mejor forma de amarla era dejándola ir. Le entregó su barca y se despidieron con un largo beso.

A medida que la barca se alejaba en el horizonte, la noche la envolvía más y más como un manto de estrellas. Blanca no tenía miedo, tenía el recuerdo del dulce de amapola que hacía su madre, el beso del pescador y su pecesito que la guiaba. Y así se fue quedando dormida arrullada por el canto del río.

Al día siguiente, al despertar, se encontró al pie de la montaña; era la misma que veía desde su ventana. Era aún más grande de lo que parecía a lo lejos. Pensó en escalarla, pero le pareció imposible lograrlo. Así que decidió bordearla hasta encontrar una forma más fácil de atravesarla. Anduvo por horas hasta que al fin encontró una cueva. Allí se adentró, esperando encontrar un refugio para descansar y un poco de agua. Tenía una sed infernal que le raspaba la garganta. Al final de la gruta pudo ver que había un pequeño manantial; se aproximó enseguida y, cuando se disponía a beber, apareció en el agua la imagen de una anciana. Era espantosa. Blanca agitó su mano en el agua para ver si así desaparecía, pero la imagen volvía. Se precipitó a beber todo lo que podía, pero cuando se detenía, la imagen salía a flote otra vez y su aspecto era aún más estremecedor, como si quisiera salirse del agua.

—¡Vete! ¡Vete! —le gritaba.

Pero la imagen permanecía impávida, hasta que Blanca en su desesperación arrancó un grito tan fuerte, similar a un aullido, que la imagen de la anciana comenzó a disiparse hasta desaparecer por completo en el agua.

Blanca salió aturdida de la cueva. Estuvo así por largo rato intentado volver en sí y llorando como una niña pequeña. El viento, que golpeaba suavemente su rostro, la fue reanimando poco a poco. Levantó la mirada y vio la montaña que se erguía majestuosa frente a ella. Respiró profundamente y comenzó a escalarla sin importarle lo alta que fuera. A medida que avanzaba se fundía con todo lo que encontraba en el camino; a ratos era barro, insecto o piedra. Blanca se compenetraba con todo lo que tocaba su piel, como un camaleón fuerte y salvaje. Y así llegó a la cima sin dificultad, pero cuando llegó, se dio cuenta de que no le bastaba con haber llegado. Se aproximó al borde, dio un salto igual que su pececito y voló hasta confundirse con las nubes.

De tanto en tanto, en las noches de frío cuando su madre prepara dulce de amapola, Blanca regresa transformada en pez pájaro, se posa en la ventana y se le queda mirando sin ser descubierta. Luego vuelve a levantar el vuelo hasta desaparecer por detrás de la montaña.

EL VIEJO BÚHO Y EL PÁJARO CAÍDO

DAVID ILLÁN MARTÍNEZ

Había una vez en el cielo unas nubes de fresa y nata. Al verlas, muchos pájaros de distintas especies se sentían enormemente atraídos y se dirigían hacia ellas, pero sin saber dónde se podrían posar. La fascinación que les producían estas nubes era tan grande que, sin pensar qué era realmente lo que les llamaba la atención, ascendían hacia ellas. Quizá el sabor de fresa y nata, tal vez la altitud a la que estaban, desde la que podrían ver toda la tierra, o tal vez lo cómodos que pensaban que iban a estar sobre ellas, pues tenían forma de algodón.

Cuando uno de los pájaros estaba a punto de posarse sobre una de las nubes, apareció sobre ella una rana que, saltando, le cayó encima y se le subió a la cabeza. El pájaro, por más que se sacudía, no conseguía quitarse a la rana. Como pesaba mucho y el cuerpo y su saliva eran muy pegajosos, empezó a caer y se vio obligado a bajar a la tierra, posándose sobre un gran roble que había en un bosque.

Cuando el árbol lo sintió sobre sus ramas, le preguntó qué le pasaba, por qué se sacudía y había descendido desde lo alto del cielo. El pájaro le contestó que llevaba una rana encima de la cabeza que le había saltado justo antes de alcanzar las nubes de fresa y nata y, como además pesaba mucho y le estaba pegando las plumas de las alas con su cuerpo y saliva pringosos, no le dejaba volar.

Al roble le dio lástima la situación del pájaro y le dijo que esperase un poco, que iba a preguntar al resto de árboles del bosque qué se podía hacer. Mientras tanto, la rana croaba y croaba. El roble le preguntó a otro roble, que le preguntó a otro, que le preguntó a un abeto, que le preguntó a otro abeto, y así se fue corriendo la pregunta entre todos los árboles hasta llegar a las afueras del bosque. Allí, en medio de un lugar seco, árido y muy agreste, se encontraba una higuera solitaria.

Cuando le preguntaron, la higuera les dijo que, si esperaban al verano, produciría higos, que podrían coger cuando estuviesen bien maduros y llevarlos adonde estaba el pájaro. Cuando la rana los viese y oliese tan dulces y apetitosos frutos, seguro que intentaría comerlos. Como las ranas no tienen pelo y van desnudas, la piel de los higos les irrita mucho y, además, como no saben que, para comérselos y que la piel no les afecte, hay que darles la vuelta, seguro que la rana se soltaría y el pájaro, al sentirse libre, podría remontar de nuevo el vuelo hasta las nubes de fresa y nata.

Pasó el resto del otoño, el invierno y llegó la primavera. La rana iba creciendo y el pájaro, con todo ese peso y las plumas de las alas pegadas, tenía cada vez más difícil saltar de rama en rama en el roble para buscar alimento. El árbol le daba de comer lo que podía con toda su generosidad y velocidad posible, pero los robles, al ser árboles muy ancianos, se mueven muy lentamente, por lo que el pájaro iba debilitándose y sintiéndose cada vez más cansado.

Al entrar en primavera, la higuera despertó de su sueño invernal, se desperezó y, al estirarse, le empezaron a salir las hojas y poco después los higos, que lentamente empezaron a crecer y madurar. Pero una noche se formó una tormenta de esas que aparecen en verano, con rayos, truenos y una lluvia muy fuerte que se transformó en granizo, de tal manera que, como la higuera no tenía ningún tipo de protección, le dañó y destrozó todos los higos que estaban ya bastante maduros.

Muy triste por no poder ayudar al pájaro, avisó a todos los árboles del bosque del desgraciado suceso, pero les dijo que cuando era pequeña había estado junto a una hermana que ahora vivía en un lugar muy lejano. Tal vez ella tendría todavía higos y, si era así, seguro que les ayudaría a liberar al pájaro de la rana. El problema era que no sabía donde podría vivir ahora su hermana higuera, lo único que recordaba era que estaba en un lugar seco, árido y muy agreste. Así que les dijo al resto del bosque que tendrían que buscar a alguien que la encontrara y trajese los higos.

Los árboles empezaron a hablar entre ellos para ver cómo podían hacerlo, quién podría emprender la búsqueda y llegar hasta donde estaba la otra higuera, pues por lo que había contado la hermana que se encontraba fuera del bosque, tenía pinta de hallarse muy lejos. Hasta donde ellos sabían, el único lugar seco, árido y muy agreste era el de las afueras.

Pensaron que un animal por tierra tardaría mucho y posiblemente tendría que enfrentarse a muchos peligros desconocidos para los animales terrestres que habitan en el bosque, o quizá, para cuando llegase al lugar, la higuera hermana tendría los higos ya pasados y comidos por otros animales, o tal vez se estropearan a la vuelta por el estado de madurez y si el viaje era largo.

Por agua tampoco era posible, pues el río quedaba lejos y ningún pez podría llegar hasta el lugar seco, árido y muy agreste donde vivía la otra higuera. Así que decidieron buscar a otro pájaro que fuese volando y que además no se comiese los higos. Un árbol dijo que, como era verano y hacía mucho calor, sería bueno que viajase de noche, por lo que pensaron en el viejo búho real.

El viejo búho era tan viejo como el mismo bosque. Siempre había estado allí, en su rama. Su canto era un canto inconfundible en la noche. Igual que el susurro de las ramas de todos los árboles con el viento, también el sonido del viejo búho era como una parte esencial del bosque. Cuando le pidieron hacer el viaje para ir a coger los higos,

al principio lo rechazó. No podían pedirle ese tipo de cosas, no estaba ya para esos trotes, se veía mayor para esas aventuras y se sentía en su rama muy a gusto, sin ningún problema, observando y vigilando el bosque por las noches. Pero cuando los árboles le contaron en qué situación se encontraba el pobre pájaro, lo cansado, triste y frustrado que estaba ya, con la rana encima cada vez más grande y pesada sin parar de croar, con las plumas de las alas pegadas por la pastosa saliva y que se había visto obligado a bajar de las nubes de fresa y nata porque la rana le había saltado en la cabeza justo en el momento en que iba a llegar a ellas, el viejo búho se conmovió y aceptó.

Cuando se propagó la noticia por el bosque todos se alegraron, pero también le pidieron al viejo búho que se diese prisa, pues era ya casi el final del verano, los higos estaban ya muy maduros y empezarían a caerse pronto, y además podía haber alguna otra tormenta que los estropease.

El viejo búho real les dijo que no le estresasen, que necesitaba tiempo para prepararse, pues la aventura era muy importante y difícil, y tenía que prepararse bien. Así que durante unos días se dedicó a entrenar sus alas.

Al desplegarlas para ejercitarlas y fortalecerlas, todos quedaron impresionados y maravillados de la inmensa belleza que todavía conservaban. Hacía tiempo que el viejo búho permanecía en la misma rama y la mayoría se habían olvidado de su enorme belleza. Cuando al cabo de unos días se sintió preparado, lo comunicó al resto del bosque, y esa noche, que era además de luna llena, perfecta para volar bajo su luz, abrió sus potentes alas e inició el vuelo pasando por entre los árboles de forma majestuosa y, como en sus mejores tiempos, en un impresionante silencio que hizo callar por un momento todos los sonidos del bosque. No en vano, el búho real es el rey de las aves nocturnas.

Desde el día que se marchó los árboles abrían sus ramas todas las noches, por si era esa cuando volvía. Pasaron muchos días y el

pobre pájaro casi había perdido la esperanza y se sentía muy triste y frustrado. Se decía en el bosque que tal vez los higos ya se habían caído de la higuera, o quizá el búho no había encontrado ese lugar seco, árido y muy agreste donde estaba la hermana de la higuera, o que por ser tan viejo se había cansado y perdido, o estaba herido... Algunos incluso decían que podría haber muerto por el camino.

Mientras tanto, el pájaro, impotente, seguía luchando con la pesada carga de la rana, que no paraba de croar y, al haberse hecho tan grande, ya no le dejaba cambiar de sitio. El roble, por su parte, con su lentitud no podía darle siempre el alimento en la misma rama, por lo que el pobre pájaro cada vez estaba más hambriento, cansado y débil. Los árboles del bosque también habían perdido un poco la esperanza. Tal vez sobrestimaron al viejo búho y pensaron que todavía conservaba la fortaleza de otro tiempo.

Era ya el final del verano y se sabía que prácticamente ya no quedaban higos en las higueras, cuando una cálida noche en la que el viento estaba en calma se oyó un sonido que a todos les resultó familiar. Un sonido de alegría y esperanza. Era el viejo búho que volvía. La noticia corrió por todo el bosque. Los árboles abrieron sus ramas e hicieron un pasillo para que entrase el búho y llegase lo más rápido posible donde estaba el pájaro.

Con el mismo vuelo majestuoso y bello con el que se marchó, entró en el bosque a ras de suelo. Se posó en una rama de un gran pino, donde finalmente pudo descansar. Traía en su pico un enorme higo, negro, rajado de tan maduro y dulce como estaba.

Todos los árboles se alegraron al verlo, pues pensaron que la rana no se podría resistir y, cuando quisiese cogerlo, se soltaría y el pájaro quedaría libre. El viejo búho, al cual la aventura había rejuvenecido, le preguntó al pino dónde estaba el pájaro. Este le señaló, con sus hojas puntiagudas, el gran roble, donde en una de sus ramas continuaba el pobre pájaro casi sin moverse, con la rana sobre la cabeza y toda la espalda y sin dejar de croar.

Entonces el búho voló hasta el roble y le enseñó el higo a la rana. Con su enorme lengua intentó cogerlo, se soltó del pájaro y se quedó pegada al higo, del que ya no pudo separarse, pues no sabía que tenía que darle la vuelta para que no le afectase la piel, así que intentando librarse terminó cayendo al suelo del bosque, desapareciendo entre la maleza.

El pájaro, al sentirse libre, empezó a saltar y a mover sus alas en un gesto de inmensa felicidad. Todos los árboles agitaron sus ramas emitiendo un hermoso sonido como signo de alegría. Después de tanto tiempo, desde que cayó de las nubes de fresa y nata, había crecido e, igual que el viejo búho, desplegó unas alas de enorme belleza. Al verlas, supieron que no era un pájaro cualquiera: se dieron cuenta de que, igual que el viejo búho era el rey del cielo nocturno, cuando el pájaro creciese y se hiciese adulto, lo sería del cielo diurno.

El roble entonces le dijo que, cuando se sintiese fuerte, podría emprender de nuevo su viaje y remontar el vuelo hasta las nubes de fresa y nata. Fueron pasando los días y el pájaro se fue recuperando poco a poco. Como no era ave nocturna, en los atardeceres, que era cuando el viejo búho despertaba de su sueño, se sentaban encima de una rama y le escuchaba la historia del viaje que realizó, no exento de peligros, para llegar al lugar árido, seco y muy agreste donde se encontraba la higuera, y luego la difícil vuelta, pues solo podía llevar un higo y, como estaba muy maduro, había mucho riesgo de que no resistiese el viaje hasta el bosque.

El viejo búho le contó también que hay otros muchos lugares áridos, secos y muy agrestes donde viven muchas otras higueras, pero que al ser el final del verano no quedó tiempo para ir. Le pasaron muchas cosas en el viaje de vuelta, como que unas urracas intentaron robarle el higo; que estuvo a punto de ser comido por un horrible animal al tener que dormir en cierta ocasión en el suelo y de día. Un día, cuando el pájaro se sintió completamente recupera-

do y con fuerzas, vio que había llegado el momento de emprender de nuevo el viaje. Así que pensó utilizar los vientos ascendentes del amanecer para volar de nuevo hacia las nubes de fresa y nata. El atardecer del día anterior se lo hizo saber al viejo búho, al roble y al resto de árboles del bosque.

Esa noche estuvo sin poder dormir, agitado, saltando de rama en rama del gran roble que le había alojado y pensando todo lo que había vivido desde que la rana saltó sobre su cabeza y hasta esa misma noche. Lo que el viejo búho, los árboles del bosque, el gran roble, las higueras habían hecho por él, por lo que tomó una decisión que pensó en comunicar a todos al amanecer.

La mañana del día siguiente se iluminaba lentamente y con ella el interior del bosque; al sol todavía le faltaba un poco para salir, momento en que empezaron a soplar los vientos ascendentes que debían llevar al pájaro hacia las nubes de fresa y nata. Todos estaban expectantes y con pena por tener que despedirse. Sentían que el pájaro se había convertido en uno más del bosque.

Entonces el pájaro se subió a la rama más alta del roble para que todos le escuchasen y viesen y, con voz alta para que hasta la higuera que vivía a las afueras le pudiese oír, les dijo que después de estar toda la noche reflexionando había decidido no ir a las nubes de fresa y nata: si le aceptaban, quería quedarse a vivir en el bosque para siempre, sobre el gran roble, envejecer allí, ser un habitante y un sonido más, como el viejo búho.

Y así fue como el pájaro renunció a volar hasta las nubes de fresa y nata, hacia donde otros muchos pájaros, sin saber por qué, se sienten atraídos. Decidió quedarse en el lugar donde se había liberado de la carga de la rana y se sentía libre y feliz.

A partir de aquel día se dedicó a aprender del viejo búho todos los misterios de la Naturaleza que este había ido aprendiendo y conociendo en el bosque, noche tras noche, a lo largo de todos sus años. Supo cómo eran los distintos árboles; cómo encontrar y

viajar a los lugares secos, áridos y muy agrestes donde viven las higueras que producen los higos; cómo orientarse; cómo sortear los peligros del viaje, y cómo reconocer las higueras desde lejos y saber coger los higos para que su piel no le hiciese mal.

Comprendió que las nubes de fresa y nata no eran su lugar. Con la sabiduría que fue adquiriendo viajaba a los lugares áridos, secos y agrestes para traer higos y ayudar a quitarse las ranas que les saltaban a aquellos pájaros jóvenes que, como a él le sucedió, en su deseo de alcanzar las nubes de fresa y nata caían a la tierra con ellas en la cabeza.

El pájaro fue creciendo hasta que se convirtió en una imponente y hermosa águila. Mientras que el viejo búho se dedicaba a observar y vigilar el bosque durante la noche, él lo hacía durante el día.

Todos los días, al atardecer, en una de las ramas más altas del gran roble, se les veía a los dos juntos disfrutando de la puesta de sol.

Y hasta aquí el cuento del viejo búho y el pájaro caído...

LA NIÑA MARIPOSA

ROCÍO MÉRIDA QUIÑONES

No se sabe cómo llegó Bienvenida, la mariposa, a aquel jardín. Ella, tan delicada, apenas se atrevía a revolotear por encima de los macizos de rosas, le atraían sus fragantes pétalos, pero presentía que aquellas espinas podían clavar-se en sus tiernas patitas.

Un día llegó, de rama en rama, hasta la copa del viejo roble, que parecía estirar sus miembros tanto como sus costrosas cortezas le permitían, en un intento de cobijar a los pequeños animalillos bajo su sombra. Desde allí podía verse el campanario de la iglesia del convento. Una vez se cruzó con un escarabajo, y su negro caparazón le recordó el hábito enlutado de las religiosas que vivían en ese monasterio.

Cada mañana, el autobús escolar dejaba a sus infantiles ocupantes ante la entrada monumental de aquel vetusto edificio. Desde allí, las colegialas, de forma disciplinada, se dirigían a sus aulas con unos uniformes tan impecables e inmaculados como un traje de novia. Entre ellas, Bienvenida pudo reconocer a Luna, esa chiquilla cuya mirada lánguida le hacía sentir la misma sensación que una nota perdida. Era fácil de identificar... era ella la que suspiraba mirando al infinito a través de las ventanas de su clase.

—¿Qué puedo hacer por ella? —pensó.

Todos los días, a la misma hora, se posaba en el cristal junto a ella y batía sus alas, danzaba y hacía cabriolas en el aire cuando la niña giraba sus ojos hacia el horizonte. Aquel punto luminoso y saltarín pronto llamó la atención de Luna y ella, con un gesto de complicidad, acercaba su carita, con una tímida sonrisa, junto a la mariposa, que, desde el otro lado del cristal, se alegraba de verla sonreír.

—Ya te he visto; espérame y te seguiré —le dijo muy bajito a la mariposa, pero Luna estaba segura de que la había entendido.

Dos seres se contemplan, se funden y, entre las lianas de la hiedra, se les ve unidos como dos almas gemelas.

En las profundidades de los valles, entre los riscos de las montañas, en las blandas praderas, veréis la danza de lo puro, y todavía esas almas cristalinas acompañan a los niños. Acuden a los colegios y alegran a los pequeños con cuentos y canciones.

Y dicen que Luna se movía con tanta gracia entre los niños como Bienvenida en su jardín.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

ALLÁ A LO LEJOS, VERS LES CIMES

ANNE-CHARLOTTE LAMASSE

 l était une fois une meute de loups d'Europe Centrale. Après un terrible tremblement de terre seguido de un incendio dévastateur, se habían tenido que desplazar a otros territorios en busca de nuevos alimentos. La jefa de la manada había tenido ya a tres lobitos, pero lamentablemente uno de ellos se había quedado atrapado en el bosque cuando huyeron. La meute n'avait rien pu faire.

Sur ce nouveau territoire, les vaches abondaient et faisaient le bonheur des louveteaux. Un día, llegó una nueva cría, Aria. Fue el comienzo de una nueva manada.

Aria crecía feliz, aunque extrañaba aquellos montes y ríos de los que tanto le contaban sus hermanos. Por suerte, la manada se movía de un sitio a otro, ya que le encantaba descubrir nuevos territorios.

Un jour, ils repartirent sur leur terre d'origine, l'heure était venue de rendre visite à la chouette Grand-Mère restée dans les montagnes. Les nuages sentaient le chocolat. Aria se léchait les babines.

Aria estaba tan encantada y nerviosa d'entrevoir au loin les cimes enneigées dont ont lui avait tant parlées. Nunca había visto algo tan bello. Solo tenía una idea: subir, trepar, correr y llegar arriba para descubrir y conocer los habitantes de esos lugares. Pero aun no podía, su ma-

nada no la dejaba, allí fuera había peligro y las lobas tan pequeñas no podían correr solas.

Alguna vez se escapaba con un oso mayor y sabio que le enseñaba las plantas del bosque, la *danse des essaims* y el silencio de la noche.

Au loin, vers les cimes, elle apercevait las cabras montesas, envidiaba tanto su libertad.

Al terminar el verano, tocaba regresar a casa y entonces todo se volvía monótono y aburrido.

—*Quand est-ce qu'on s'en va?* —demandait Aria.

Silencio. La manada ya estaba envuelta en su rutina y no había lugar para soñar.

Puis commença l'entraînement des loups apprentis. No le gustaba eso de aprender en un bosque vallado, no tenía sentido desarrollar sus sentidos en un espacio limitado. *Là-bas elle fit connaissance d'une chouette* que le recordaba el aroma de su abuela. Ella sí que la entendía, le hablaba con su mirada.

Los años pasaron y hubo que buscar nuevos territorios. Llegaron a unas montañas con lagos y nuevos bosques.

El nuevo bosque vallado olía mal, *les loups des environs commencèrent à lui lancer des pierres*, hasta que un día reventó la valla, *c'est alors qu'une langouste sèche la rattrapa et lui donna un bain d'eau froide*. Aria se quedó sin aire.

Se recuperó. Su manada la acogió. ¡Qué suerte tenía de tenerlos cerca! Su hermano Monolobo *prenait toujours soin d'elle*.

Seguía extrañando aquellas cimas lejanas y la libertad de las cabras montesas.

Se hizo amiga de unos caballos de la zona, que le presentaron a un hada que hablaba un idioma que llegaba a las profundidades del corazón. Aria descubrió que su corazón tenía capas de colores y que, según con quién se relacionaba, lucía de un color diferente.

Un día, en el bosque vallado, conoció a Margarita, *une chatte rigolo-*

te. Juntas se reían mucho, viajaban, inventaban juegos y no se aburrían nunca. El bosque parecía más amplio, y sus vallas, más lejanas. Empezaba a conocer a toda clase de animales que no se parecían nada entre sí, le gustaba ver tanta diversidad. *Parfois, son coeur s'emballait* por algún cabrito, *mais elle se rendait bien compte, à la fin, qu'une louve* no podía juntarse con cualquiera ¡y menos con un cabrito!

El bosque vallado dejó lugar a una selva, que parecía más amplia que el bosque porque las vallas no se veían. *Aria était enchantée de découvrir de nouvelles odeurs et couleurs*. Una nueva senda se abría ante ella con el encuentro de un lémur, Kali. Su nuevo amigo había vivido mucho tiempo en una selva salvaje, *sa maison* era una selva y tenía una libertad que Aria admiraba. Con solo estar a su lado, redescubría el afán de libertad que extrañaba tanto.

Un coyote cruzó su camino; *il était un peu perdu*, se comía cualquier planta de la selva y a Aria no le hacía mucha gracia, ya que sus padres le habían enseñado que todo lo que la naturaleza ofrece no es lo que parece. Sin embargo, se dejaba llevar, aunque los colores de su corazón se iban apagando sin que se diera cuenta. No estaba acostumbrada a esa nueva dieta.

Heureusement, Aria était née sous une bonne étoile qui brillait toujours au-dessus de sa tête, elle lui indiquait le bon chemin à suivre et solo algunas personas podían ver. Una de ellas era una ardilla que la seguía desde pequeña y que pronto se dio cuenta de que su luz era más tenue que de costumbre. Así que, junto a su amigo gorila —*qui lui fit la courte échelle*—, decidió limpiársela para que le iluminara de nuevo el camino. En el momento de limpiársela, resbalaron, se fue la luz y todo se apagó. Estaba muy oscuro. Aria tropezó y se cayó. *Elle se releva de nouveau, et resta muette même si elle avait mal aux pattes arrière*s.

Volvió la luz y Aria empezó a correr. Salió de la selva, atravesó un río cálido y llegó a la jungla. *Elle pouvait sentir cette liberté tant attendue, l'air dans son pelage, les terres d'argile, de roches, de sables qu'elle n'avait jamais foulé auparavant*. Pero debía volver a entrenar, era su deber. Con el

corazón renovado ya podía avanzar y ver más allá de la jungla. *Tôt au tard, elle savait qu'elle retrouverait ses cimes.* Lo necesitaba.

Había llegado el momento de alzar el vuelo. Se fue tan nerviosa *qu'elle dépassa les montagnes* sin darse cuenta y vio que, allá a lo lejos, *brillait* un inmenso azul, *elle voulait le connaître.* Así que dejó las cimas y se lanzó hacia el horizonte.

El inmenso azul le impresionó mucho, la deslumbraba, la acogía *et lui parlait dans une langue familière.* Su corazón lucía como nunca. Le atrapó. Le atrapó tanto que sintió que no podía vivir sin él.

Se llevó un pedazo *et décida de le mettre près de son coeur* para que siguieran latiendo *ces couleurs* que jamás había visto. Ahora tenía que regresar para enseñárselo a su manada, pero se prometió volver cuanto antes.

Y así fue.

Al cabo de un tiempo volvió, *mais l'immense bleu ne brillait plus comme avant.* Buscó el pedazo que se había llevado, pero no lo encontró, lo había perdido por el camino. Se puso triste. Lo buscó por todas partes, no podía haberlo perdido. *Elle se mit à pleurer.*

Aria était un peu perdue alors elle décida de chercher une nouvelle tanière pour se reposer. Allí encontró un montón de pedacitos de colores que fue juntando con resina y con los que decoró su nuevo hogar. Se sentía mejor.

Un beau jour, una maga hermosa apareció entre jazmín y azahar; llevaba una burbrujula nunca vista. Un aparato *qui permettait de faire scintiller les couleurs et transformer le regard sur le monde.* Con solo tocarlo te permitía inventar jugando o jugar inventando haciendo que todos tus deseos se hicieran posibles.

Un jour pendant qu'Aria faisait la sieste au soleil, elle rêva d'éléphants, de singes et du silence des montagnes. Des forêts à perte de vue. Un grand fleuve. Elle se réveilla inquiète.

No sabía que la burbrujula, al cabo de un tiempo, se apagaría, ya que una pieza se había roto y ni la maga ni ella sabían dónde encontrarla.

Se enfadó tanto que se arrancó el pelo, no podía creer que eso pudiera ocurrir. Aria decidió buscarla aunque no supiera por dónde. Su manada quizás tendría alguna solución.

Elle traversa de nouveau les montagnes, elle ne pouvait pas s'attarder. Sur le chemin elle trouva quelques pièces qui pourraient peut-être servir à la réparation.

Así que Aria decidió inventar una nueva burbrujula más potente y sostenible que la otra. *Et qui ne dépendrait de personne cette fois. Un raton-laveur l'aïda*, pues había encontrado una fórmula para que les couleurs de son coeur ne s'éteignent jamais. Tenía que activar sus sentidos todos los días y estar muy atenta. Requería de mucha concentración y dedicación. Parecía que funcionaba. *Elle n'avait jamais sentie son coeur battre aussi fort.*

Cuando volvió, la maga ya no estaba. El inmenso azul era tan inmenso y tan brillante como antes. *Aria pensa qu'elle avait bien fait de revenir.* El camino estaba lleno de flores y, aunque no estuviera en las cimas de sus montes preferidos, disfrutaba de su nuevo olfato. *On aurait dit que tout était à sa place.* Empezó a correr, le gustaba tanto...

Mientras corría, *un aigle l'interpela*, nunca había visto una criatura tan pura. Le dijo que, si quería seguir así, tenía que aprender a caminar despacio. Eso le costaba mucho, pero lo intentó.

Empezó a correr despacio quand, tout à coup, une nuit de pleine lune, un lobo salvaje le cortó el camino. Aria resta de marbre e impresionada de tanta belleza. Su esencia le recordaba a aquellas cimas. *Il l'invita à la suivre allà a lo lejos, vers les cimes. Elle ne put résister, son coeur s'emballa.* Pero el lobo salvaje no la esperaba, *il ne regardait pas derrière lui et Aria se perdit.* Elle rebroussa chemin, empezó a correr asustada, le faltaba el aire pero seguía, recordó los consejos del mapache y siguió su olfato.

Al bajar, se cruzó con una nueva manada. *Elle l'invita à retomar aire en plantant de nouvelles graines pour repeupler des forêts.* Su corazón no lucía tanto como antes, pero encontraba fuerza junto con sus

nuevos compañeros. Tuvo que enfrentarse a dragones que, con un solo soplo, quemaban los plantones, pero *Aria savait comment défendre ces territoires et inventait de nouvelles stratégies pour que les nouveaux habitants puissent se défendre tout seul.*

Après un certain temps, decidaó parar, ya que estaba cansada de voir les forêts dévastées après tant d'efforts pour replanter. Quería ver crecer los árboles y la fauna sin que se quemará nada, y eso le nutría el corazón. Pensó que debía aprender más del lenguaje universal de los sentidos para poder encontrar nuevas sendas nunca pisadas por lobas.

Sus huellas se hacían más firmes. *Elle prenait son temps* y analizaba detenidamente los olores del camino.

A partir de entonces, Aria siguió caminando según los colores que llevaba cada día, estando atenta a sus deseos. Una noche decidaó parar en la cima de la montaña más alta del valle. Estaba rodeada de amigos que le aconsejaban sabiamente, y en su vientre latía un nuevo color, quizás un nuevo corazón... aun no lo sabía.

Du haut des cimes, elle pouvait observer le chemin parcouru. Elle respire profondément. C'est alors qu'elle entendit hurler allí a lo lejos, sonrió y respondió en el mismo tono.

Elle avait trouvé sa place.

DE LUGARES, PAISAJES Y MATRIAS

o cómo fabricarse un buen traje de colibrí

ÁNGELA ARTERO NAVARRO

Su historia comenzó con una canción nómada, sin lugar, paisaje o patria, viajaba así desnuda como un daño, como una búsqueda, solo en el camino era.

Aniela llegó al desierto de Alía un día de lluvia del mes primero. Tuvo una infancia felina entre rosales, jazmines y la luz cegadora del sur, creció en compañía de tenaces hormigas, primorosas arañas, un gallo dragón y los búhos. Enseguida se hizo amiga de las golondrinas y soñaba con ser algún día como ellas. A los trece años ya era orangu-tana; antes de partir, el búho le regaló un pequeño objeto triangular en forma de tienda de campaña:

—Es un libro, y será siempre tu hogar.

En aquel momento no entendió nada, no sabía qué utilidad podría tener algo tan pequeño, y mucho menos cómo iba alguien a poder vivir allí dentro.

Pasó un año, y de repente un águila real nubló el cielo conocido y desde lo alto le lanzó un objeto más grande —esta vez rectangular, lleno de hojas blancas—, un mapa y una pluma:

—Es un cuaderno; observa bien, mira que el mundo es muy grande.

Entonces dejó de creer en el sol y las nubes como únicos dioses y se le despertaron ganas de cruzar fronteras para poder dibujar-

las en el cuaderno. Meses después, empezó a prepararse para partir; como el mejor medio de transporte eran las alas, decidió convertirse en pájaro, pero antes tenía que aprender la técnica del vuelo y la lengua de las aves.

Primero viajó a la Ciudad Roja, donde conoció a gorriones de bello plumaje que le enseñaron a alzar el vuelo y con los que compartió magnolio y números. Una vez preparada, cruzó su primera frontera y llegó al norte, donde después de muchas dificultades, logró al fin conocer el idioma de las aves; su maestro en aquel tiempo fue un tigre llamado Blake. Hora entonces de volar a Inda, donde aquellos seres alados resolvían sus conflictos cantando y, gracias al pintor de la valla verde y a Yurita, comprendió que no importa de donde vengas, todos somos Inda.

Años más tarde inició camino hacia el país de los zorros bellos y las doradas cúpulas; allí dio con la cuidadora de espigas, la bebedora de zumo de árbol, Radek, el ceramista de Uzbekistán, y navegó con las amigas cereza por un mar negro lleno de gente rodante y feliz, resbalando por bosques y valles azules. Allí hubo de enfrentarse a la princesa dragón, que soñaba con ciudades de alcohol y mañanas oscuras; allí encontró a Ira, y persiguieron juntas a las ocas con toda la risa. Aquel fue el momento en el que decidió que a más incertidumbres no daría nombres, que aceptaría los del viento, que veleta era. En aquel paisaje al fin dejó volar al pequeño sí.

Mucho tiempo después se escapó al mar Balio y vivió entre los libros clandestinos de un poeta que habían sido enviados desde Cua en época de censura. Y cada día durante tres años hubo de cruzar un puente. Se adentró en la maraña de Lotman, respiró con los versos de Liiv y, gracias a todos ellos, llegó a comprender mejor a aquellos tenaces moradores de la tierra de la piel de canto.

Cuando abandonó aquel bosque, regresó al desierto de Alia y curiosamente allí fue donde recibió el mayor regalo, le enseñaron a

volar de verdad y fueron las osas del valle y el encuentro con el potro de la montaña.

Sin embargo, al cabo de siete años, sus alas estaban tan debilitadas que tuvo de volver a partir, así que voló hacia el este. Al principio vivió en los campos rojos de la cuidadora de espigas, en el lugar más bonito del mundo. Más tarde Radek la llevó a la ciudad del dragón de la tinta azul. Al día siguiente, en el primer sueño, se tatuó topos, caballitos y langostas en el brazo izquierdo. Durante tres largos años de invierno fue oso polar, recorrió sus adoquinadas galerías respirando entrecortadamente en un cielo blanco. Fueron hermosas sus calles y luciérnagas, allí conoció a la bella Vicenza y a la gran maga Ina y sus pájaros de fuego, quienes pintaron de calor el lienzo aquellos años... más el humo se fue haciendo más denso hasta abarcarlo todo y, antes de que la engullera el oscuro dragón, quiso desesperadamente volver al sur, al sur.

Aquí está ahora, en el desierto de Alia, de vuelta al león, al rosal y al jazmín, al caballo de la montaña, al vergel que nace, a las raras flores del sur.

Y este ser que os habla desde una voz de felino, orangután, u oso polar no es más que un personaje que inventa la que llegó envuelta en telas primorosamente confeccionadas con hilos de seda y azahar, para pintar con la pluma del águila los lugares, paisajes y matrias que ahora decoran tu vestido. A ti colibrí que vives en el libro del búho, que has encontrado tu hogar allí donde caben todos los mundos, todas las historias, gracias a la dama alada que vino para mecerte en una canción sin fin llamada cuento.

LA BRÚJULA MÁGICA

ARANZAZU GRACIA ARTEAGA

*A mis padres Jesús y Leonor.
A mis hijos Iker y Haritz.
A mi amor eterno Alan.
Y a todos y cada uno de mis personajes del cuento,
Maestros de Vida.
Gracias por Ser y Estar.*

Había una vez una niña que estaba mirando por la ventana cómo caía la nieve y se quedó dormida. Soñó con un enorme caballo blanco con alas que la llevaba muy lejos, donde no hacía frío y se encontraban todos los animales que ella siempre quería tener —perros, gatos, cabras, conejos, gallinas...—. Allí vivían unos duendes muy divertidos que le hacían reír sin parar, y su risa la despertaba y la devolvía al frío de la nieve que veía caer tras los cristales.

Un día le contó a su abuela cómo viajaba y de cuánto le gustaban esos viajes que hacía en su caballo blanco con alas. Su abuela la escuchaba pacientemente y vio en los ojos de su nieta las ganas que tenía de conocer otros mundos que no fuera la pequeña ventana donde siempre se dormía. Así que decidió regalarle lo que le guardaba desde hacía mucho tiempo, y que también se lo habían regalado a ella.

—¡Mira, mi querida nieta, tengo un regalo muy especial para ti!— le dijo su abuela, y le entregó una caja redonda de madera.

Nerviosa, la niña abrió la caja y se encontró con una brújula de color rojo intenso, brillante.

—¿Y cómo funciona abuela? —preguntó la niña.

—Tienes que agitarla tres veces y pegarla a tu corazón, así te lle-

vará siempre adonde tú desees ir. No lo olvides nunca, mi pequeña, desde tu corazón —le repetía su abuela.

Nerviosa y, con la emoción del regalo, olvidó las últimas instrucciones que le dio su abuela. Y lo único que recordaba era que había que agitarla tres veces.

Así que, sin pensarlo mucho y deseosa de estrenar su regalo, comenzó su primer viaje.

Cogió la brújula, la agitó tres veces y, como no recordaba dónde tenía que ponerla, se la guardó en el bolsillo.

Llegó a un enorme castillo donde todos vestían de negro y con sombreros de copa. Allí le obligaron a sentarse en una silla para que leyera un libro tras otro, sin parar.

Al principio le pareció divertido leer y leer, pero, una vez más, le entraba el sueño, como en su pequeña ventana, así que decidió agitar su brújula y marchar de aquel lugar.

Esta vez se la puso en el pie para no perderla ni perderse, y comenzó un viaje por un bosque muy frondoso donde apenas entraba la luz del sol, pero se dio cuenta de que no la necesitaba porque unas luciérnagas que vivían en el bosque le iban iluminando el camino. Pronto llegó a una casa de madera donde vivía un leñador fuerte y guapo que cuidaba de todos los animales y plantas del bosque. Decidió quedarse con él para aprender y conocer todos los secretos del lugar. Una noche junto al fuego le preguntó el leñador:

—¿Y tú, cómo has llegado hasta aquí?

Ella le contó su secreto...

Entonces el leñador le propuso guardar la brújula para no perderla y le convenció de que no tenía sentido seguir viajando, pues fuera del bosque no había nada interesante.

Ella le creyó y le dio la brújula para que se la guardara.

Con el paso del tiempo la niña creció cuidando del leñador, de las plantas del bosque y de dos pajaritos muy especiales que con su

canto le hacían mucha compañía, ya que terminó olvidándose de que allí vivía un leñador, pues cada vez volvía más tarde a casa y ella ya estaba dormida.

Hasta que una noche el leñador no volvió y ella se sintió perdida y sola. Lloró y lloró tan fuerte que le oyeron sus pájaros queridos, los cuales no tardaron en llegar a su cama para ver qué le pasaba. Ella les preguntó:

—¿Sabéis cómo he llegado hasta aquí?

—¡Sí, sí, sí! —le contestaron al unísono—. Te trajo una brújula mágica, roja y brillante.

—¿Y sabéis dónde está?

—¡Sí, sí, sí!, la guardó el leñador en el sótano de la casa.

Los pajaritos la acompañaron y así es como volvió a encontrar su brújula, aunque sólo recordaba que la tenía que agitar tres veces para que funcionase.

Antes de agitar la brújula les pidió a los pájaros que la acompañaran en su viaje, pero ellos le dijeron que a este viaje tenía que ir sola, pero que cada vez que ella quisiera podría silbar por la ventana y ellos irían a verla.

Los besó en su pico y agitó la brújula; esta vez se la colgó del cuello para no volver a perderla.

Llegó a una ciudad donde se sentía perdida, incómoda y sin rumbo, hasta que una noche vinieron a visitarle dos hadas juguetonas que le tiraban del pelo y las orejas mientras le decían:

—Lo que tienes que hacer es venir con nosotras a conocer mundo.

—Pero si para eso ya tengo mi brújula —les decía sin parar.

Pero no la escuchaban, se reían y se burlaban diciéndole que no servía para nada.

—El mundo también se puede recorrer sin brújula —le decían.

Y tirando de ella se la llevaron de aquí para allá recorriendo lugares fantásticos y algunos muy peligrosos, como El Mundo Parao o

La Ciudad de las Bestias, donde perdió a las hadas y tuvo que recurrir a su brújula, pues había vuelto a quedarse sola.

Agitando su brújula, con ella en el cuello, regresó a la ruidosa ciudad.

En una esquina le pareció ver a su caballo blanco, aquel con el que soñaba de niña, pero a medida que se acercaba se dio cuenta de que, en verdad, era una preciosa moto de color blanco.

De pronto, apareció de la nada un fantasma motero que la invitó a subir. Sin pensarlo dos veces se montó para desaparecer de aquel ruidoso y gris lugar. El aire en la cara, la velocidad de la moto y la sonrisa del fantasma, le hicieron olvidar todas las lágrimas que había derramado hasta ese momento. Dejó de sentirse sola por primera vez desde hacía mucho tiempo. Pero cuando consiguieron salir de la ciudad y el silencio les iba envolviendo, el motero fantasma y su moto desaparecieron, se los llevó el silencio.

Aquello le hizo perder el equilibrio y caer al suelo, con lo que se rompió su brújula mágica.

Lloró y lloró tanto que, agotada, volvió a quedarse dormida... y, como en un mal sueño, apareció un dragón con alas echando fuego por la boca y deseoso de que ella se subiera en su lomo para llevársela a su cueva y robarle la brújula mágica. Despertó de aquella pesadilla al sentir una mano que la zarandeaba. ¡Era su Hada Madrina!, que durante todo este tiempo había observado cómo utilizaba la brújula mágica y que ella misma había regalado a su abuela para que algún día se la hiciera llegar.

—Creo que ha llegado el momento en el que hablemos —le dijo su Hada Madrina—. Tu brújula no está rota. Mírala bien, porque es mágica e irrompible, pero has olvidado que además de agitarla debes ponértela en el corazón, único lugar donde surge la Magia, y entonces te llevará adonde tú realmente quieras ir.

Aturdida, miró su brújula y se dio cuenta de que no estaba rota, y reconoció en ella su color rojo intenso, precioso. Se abrazó a su

Hada Madrina y entonces escuchó otra vez la voz de su abuela, que le decía:

—No lo olvides nunca, pónstela en tu corazón.

Enseguida la agitó y se la puso en el corazón, sintiendo una vibración que nunca antes había sentido.

Y así fue haciendo un viaje tras otro, conociendo lugares maravillosos, volviendo a jugar con los duendes y acompañándole otra vez el canto de sus pajaritos preferidos.

Una noche de luna llena la brújula empezó a vibrar con tanta fuerza que la despertó; estaba más roja que nunca, iluminando la ventana.

Se asomó y pudo ver el caballo blanco con alas que tantas veces de niña había montado para sus viajes, pero esta vez no venía el caballo solo, sino que un hermoso Ángel con una brújula de color rojo intenso en su corazón lo montaba.

Se subió al caballo y ambas brújulas se fundieron. Y es cuando, por primera vez, la brújula le dijo:

—No es difícil caminar a tu lado cuando tu risa me acompaña, ni tampoco es difícil dibujar contigo una nube de azúcar para el camino. Quizás lo difícil es saber que tienes que marchar lejos para estar cerca, que tienes que cerrar los ojos para ver nuevos caminos, que tienes que callar para hablar con tu silencio, que quizás tengas que encontrar la mirada perdida de aquel día y así recuperar tu vuelo. No tiene sentido que sigas caminando cuando tus alas son las que te hacen llegar más lejos, de esta forma encontrarás el sentido que tiene estar conmigo.

Hoy es el día que, a lomos del caballo blanco con alas, con su ángel y con ambas brújulas en sus corazones, no pierden camino.

ELIF Y LA PIEDRA MÁGICA

MIRYAM ERRO ELCANO



rase una vez una familia de elefantes intrépidos y aventureros.

Mito era el padre elefante; Apa, la madre elefante, y Elif, la hija elefante. También había dos hermanitos: una jirafa y un tigre.

Les habían encomendado una misión muy importante: encontrar la piedra mágica.

Elif y la jirafa Tíva venían de pasar una larga temporada en la selva del Amazonas. Allí estaban con la abuela tigresa y la tía papagayo, que les cuidaban. Se divertían mucho juntos jugando con los traviesos monos y comiendo ricos cacahuets.

Los papás, Mito y Apa, y el nuevo hermanito tigre, Sava, fueron a buscar a Elif y Tíva al Amazonas.

Tenían una misión: encontrar la piedra mágica que tenía los poderes necesarios para la supervivencia de la especie elefantil. Con ella podrían vivir en el planeta; si no, irían desapareciendo poco a poco.

Les llevaron a un cole muy bonito, que estaba instalado en lo alto de las copas de los árboles.

Les enseñaron a nadar, a volar, a soñar, a bucear y a hacer piruetas nunca vistas en este universo. Todo iba encaminado a encontrar la piedra mágica.

Tenían grandes profesores como el tiburón Titin y la rata peluda.

Mito y Apa los cuidaban con mucho cariño y les daban pasteles de amapolas para desayunar. Así crecieron y se hicieron muy, muy fuertes.

Elif estaba triste porque ya no veía a su abuela tigresa ni a su tía papagayo.

Un día fueron a verlas, antes de partir a su misión. Elif se puso muy contenta.

Ya estaban listos.

Cada día volaban muchos kilómetros en busca de la deseada piedra y por la noche soñaban con ella.

¿Cómo sería?

¿Tendría un color o tendría mil colores?

¿Sería grande, pequeña o mediana?

¿Sería suave o sería áspera?

Tuvieron grandes aventuras; algunas, divertidas, y otras, aburridas y tristes.

Cierto día lucharon con un batallón de mosquitos tigres que les confesaron que la piedra mágica estaba en el fondo del mar. Unos pingüinos se la habían llevado y la ballena Tomasa se la había tragado.

¿Cómo harían para recuperarla?

¡Si está en la barriga de la ballena Tomasa!

La misión parecía complicarse.

Elif llamó a sus amigos las tortugas, los flamencos, los rinocerontes y las hipopótamas.

Juntos vaciaron el agua de todos los océanos con mucho esfuerzo y crearon, con ese agua, un nuevo planeta.

La ballena Tomasa se puso colorada al ser descubierta.

Hicieron un trato con la ballena.

—Tú nos das la piedra mágica y nosotros te llevamos al nuevo planeta llamado Ballentus.

Y así recuperaron la preciada piedra.

Estaban muy, muy contentos.

Elif, efectuando una pirueta de alegría desde un árbol al río, se encontró con el cocodrilo más divertido del planeta.

Elif reía y reía y se fueron juntos al bosque de los sueños amados. Allí encontraron a dos jabatos, Piu y Ezo, dulces y juguetones.

Y vivían felices en el bosque de los sueños amados.

Un día Mito, el papá elefante, se adentró en el bosque y les dijo que tenía que realizar su última misión, muy importante para él.

Se iba al desierto, allí lo esperaban.

Todo el bosque entristeció.

¡El desierto estaba muy lejos y debía llevarse la piedra mágica!

No podían acompañarle. Debía partir solo, pero les dijo que volverían a verse de nuevo. ¡Tenía que ser así!

Se despidieron con natillas y tarta de chocolate.

Pasaba el tiempo y algo faltaba en la familia de Elif. Estaban tristes.

¿Qué harían sin la piedra mágica?

Un día Piu y Ezo estaban cantando en el bosque con las margaritas que, suavemente, les llevaron al mundo de la nada y allí encontraron otra piedra mágica, preciosa y con grandes poderes.

Locos de contentos, se fueron de nuevo al bosque y se la dieron a Elif y el cocodrilo Albert.

Ahora Elif pasea por el bosque de los sueños amados sabiendo que todo está bien, que el bosque ríe sin parar, los jabatos hacen realidad sus sueños y el cocodrilo Albert medita sin parar.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

ALLÁ A LO LEJOS, VERS LES CIMES

ANNE-CHARLOTTE LAMASSE

(Traducción al español de la autora)

Érase una vez una manada de lobos de Centro Europa. Tras un terremoto terrible seguido de un incendio devastador, se habían tenido que desplazar a otros territorios en busca de nuevos alimentos. La jefa de la manada había tenido ya a tres lobitos, pero lamentablemente uno de ellos se había quedado atrapado en el bosque cuando huyeron. La manada no pudo hacer nada.

En este nuevo territorio, las vacas abundaban y hacían felices a los lobitos. Un día, llegó una nueva cría, Aria. Fue el comienzo de una nueva manada.

Aria crecía feliz, aunque extrañaba aquellos montes y ríos de los que tanto le contaban sus hermanos. Por suerte, la manada se movía de un sitio a otro, le encantaba descubrir nuevos territorios.

Un día, regresaron a su tierra de origen, ya era hora de visitar a la abuela lechuza, que se había quedado a vivir en las montañas. Las nubes olían a chocolate. A Aria se le hacía la boca agua.

Aria estaba encantada y nerviosa viendo a lo lejos las cimas nevadas de las que tanto le habían hablado. Nunca había visto algo tan bello. Solo tenía una idea: subir, trepar, correr y llegar arriba para descubrir y conocer los habitantes de esos lugares. Pero aun no podía, su manada no le dejaba, allí fuera había peligro y las lobas tan pequeñas no podían correr solas.

Alguna vez se escapaba con un oso mayor y sabio que le enseñaba las plantas del bosque, el baile de los enjambres y el silencio de la noche.

Allá, a lo lejos, se veían las cabras montesas, envidiaba tanto su libertad.

Al terminar el verano, tocaba regresar a casa, y entonces todo se volvía monótono y aburrido.

—¿Cuándo volveremos? —preguntaba Aria.

Silencio. La manada ya estaba envuelta en su rutina y no había lugar para soñar.

Empezó el entrenamiento de los lobitos aprendiz. A Aria no le gustaba eso de aprender en un bosque vallado, no tenía sentido desarrollar sus sentidos en un espacio limitado. Allí conoció a una lechuza que le recordaba el aroma de su abuela. Ella sí que la entendía, le hablaba solo con su mirada.

Los años pasaron y hubo que buscar nuevos territorios. Llegaron a unas montañas con lagos y nuevos bosques.

El nuevo bosque vallado olía mal, los lobos de la zona empezaron a tirarle piedras a Aria, hasta que un día reventó la valla, una langosta seca la atrapó y le dio un baño de agua fría. Aria se quedó sin aire.

Se recuperó. Su manada la acogió. ¡Qué suerte tenía de tenerlos cerca! Su hermano Monolobo siempre cuidaba de ella.

Seguía extrañando aquellas cimas lejanas y la libertad de las cabras montesas.

Se hizo amiga de unos caballos de la zona, que le presentaron a un hada que hablaba un idioma que llegaba a las profundidades del corazón. Aria descubrió que su corazón tenía capas de colores y que, según con quién se relacionaba, lucía de un color diferente.

Un día, en el bosque vallado, conoció a Margarita, una gata risueña. Juntas se reían tanto, viajaban, inventaban juegos y no se aburrían nunca. El bosque parecía más amplio, y sus vallas, más lejanas. Empezaba a conocer a toda clase de animales que no se parecían nada entre sí, le gustaba ver tanta diversidad. A veces su corazón latía más fuerte por algún cabrito, pero al final se daba cuenta de que una loba no podía juntarse con cualquiera ¡y menos con un cabrito!

El bosque vallado dejó lugar a una selva, que parecía más amplia que el bosque porque las vallas no se veían. Aria estaba tan ilusionada de poder descubrir nuevos olores y colores. Una nueva senda se abría ante ella con el encuentro de un lémur, Kali. Su nuevo amigo había vivido mucho tiempo en una selva salvaje, su casa era una selva y tenía una libertad que Aria admiraba. Con solo estar a su lado, redescubría el afán de libertad que extrañaba tanto.

Un coyote cruzó su camino; estaba un poco perdido, se comía cualquier planta de la selva y a Aria no le hacía mucha gracia, ya que sus padres le habían enseñado que todo lo que la naturaleza ofrece no es lo que parece. Sin embargo, se dejaba llevar, aunque los colores de su corazón se iban apagando sin que se diera cuenta. No estaba acostumbrada a esta nueva dieta.

Afortunadamente, Aria había nacido con una estrella que brillaba siempre encima de su cabeza, le indicaba el camino a seguir y solo algunas personas la podían ver. Una de ellas era una

ardilla que la seguía desde pequeña y que pronto se dio cuenta de que su luz era más tenue que de costumbre. Así que, junto con su amigo gorila, que le ayudó a subir, decidió limpiársela para que le iluminara de nuevo el camino. En el momento de limpiársela, resbalaron, se fue la luz y todo se apagó. Estaba muy oscuro. Aria tropezó y se cayó. Se levantó de nuevo y no dijo nada aunque le dolieran las patas de atrás.

Volvió la luz y empezó a correr. Salió de la selva, atravesó un río cálido y llegó a la jungla. Podía sentir esta libertad tan esperada, sintiendo el aire en su pelaje, pisando tierras rocosas y arenosas que nunca había pisado antes. Pero debía volver a entrenar, era su deber. Con su corazón renovado ya podía avanzar y ver más allá de la jungla. Sabía que iba a reencontrarse con las cimas tarde o temprano. Lo necesitaba.

Había llegado el momento de coger el vuelo. Se fue tan nerviosa que traspasó las montañas sin darse cuenta y vio que allá, a lo lejos, lucía un inmenso azul, y quería conocerlo. Así que dejó las cimas y se lanzó hacia el horizonte.

El inmenso azul le impresionó mucho, la deslumbraba, la acogía y le hablaba un idioma familiar. Su corazón lucía como nunca. Le atrapó. Le atrapó tanto que sintió que no podía vivir sin él.

Se llevó un pedazo y decidió colocarlo cerca de su corazón para que siguieran latiendo esos colores que jamás había visto. Ahora tenía que regresar para enseñárselo a su manada, pero se prometió volver cuanto antes.

Y así fue.

Al cabo de un tiempo volvió, pero el inmenso azul ya no lucía como antes. Buscó el pedazo que se había llevado, pero ya no lo encontró, lo había perdido por el camino. Se puso triste. Lo buscó por todas partes, no podía haberlo perdido. Lloró.

Aria estaba confundida, así que decidió buscar una nueva

guarida para descansar. Allí encontró un montón de pedacitos de colores que fue juntando con resina y con los que decoró su nuevo hogar. Se sentía mejor.

Un día, una maga hermosa apareció entre jazmín y azahar, llevaba una burbruja nunca vista. Un aparato que te permitía relucir colores y transformar la mirada. Con solo tocarlo te permitía inventar jugando o jugar inventando haciendo que todos tus deseos se hicieran realidad.

Un día, mientras tomaba el sol, soñó con elefantes, monos y el silencio de los montes. Bosques hasta el horizonte. Un gran río. Se despertó preocupada.

No sabía que la burbruja, al cabo de un tiempo, se apagaría, ya que una pieza se había roto y ni la maga ni ella sabían dónde encontrarla.

Se enfadó tanto que se arrancó el pelo, no podía creer que eso pudiera ocurrir. Aria decidió buscarla aunque no supiera por dónde. Su manada quizás tendría alguna solución.

Atravesó de nuevo los montes. En el camino fue encontrando alguna pieza que pudiera valer para arreglar el aparato.

Así que Aria decidió inventar una nueva burbruja más potente y sostenible que la otra. Y que esta vez no dependiera de nadie. Un mapache le ayudó, pues había encontrado una fórmula para que los colores de su corazón no se apagaran nunca. Tenía que activar sus sentidos todos los días y estar muy atenta. Requería de mucha concentración y dedicación. Parecía que funcionaba. Nunca había sentido su corazón latir tan fuerte.

Cuando volvió, la maga ya no estaba. El inmenso azul era tan inmenso y tan brillante como antes. Aria pensó que había hecho bien en volver. El camino estaba lleno de flores y, aunque no estuviera en las cimas de sus montes preferidos, disfrutaba de su nuevo olfato. Parecía que todo estaba en su lugar. Empezó a correr, le gustaba tanto...

Mientras corría, un águila le llamó la atención, nunca había visto una criatura tan pura. Le dijo que, si quería seguir así, tenía que aprender a caminar despacio. Eso le costaba mucho, pero lo intentó.

Empezó a correr despacio cuando de repente, en una noche de luna llena, un lobo salvaje le cortó el camino. Aria se quedó helada e impresionada de tanta belleza. Su esencia le recordaba a aquellas cimas. Le invitó a seguirle allá a lo lejos, vers les cimes. No pudo resistirse, su corazón se aceleró. Pero el lobo salvaje no la esperaba, no miraba atrás, así que Aria se perdió. Se dio la vuelta, empezó a correr asustada, le faltaba el aire pero seguía, recordó los consejos del mapache y siguió su olfato.

Al bajar se cruzó con una nueva manada. Le invitó a retomar aire plantando nuevas semillas para repoblar los bosques. Su corazón no lucía tanto como antes, pero encontraba fuerza junto con sus compañeros. Tuvo que enfrentarse a dragones que, con un solo soplo, quemaban los campos, pero Aria sabía cómo defender sus territorios e inventaba nuevas estrategias para que los habitantes pudieran defenderse solos.

Después de un tiempo, decidió parar, estaba cansada de ver los bosques asolados después de tantos esfuerzos para repoblarlos. Quería ver crecer los árboles y la fauna sin que se quemara nada, y eso le nutría el corazón. Pensó que debía aprender más del lenguaje universal de los sentidos para poder encontrar nuevas sendas nunca pisadas por lobas.

Sus huellas se hacían más firmes. Caminaba más despacio y analizaba detenidamente los olores del camino.

A partir de entonces, Aria siguió caminando según con los colores que llevaba cada día, estando atenta a sus deseos. Una noche decidió parar en la cima de la montaña más alta del valle. Estaba rodeada de amigos que le aconsejaban sabiamente, y en su vientre latía un nuevo color, quizás un nuevo corazón... aún no lo sabía.

Desde lo alto de las cimas podía observar el camino recorrido. Respiró hondo. Entonces escuchó aullar allí a lo lejos, sonrió y respondió en el mismo tono.

Había encontrado su sitio.

Esta primera edición de *El cofre de la sabiduría y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en julio de 2019.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este sexto volumen se han recogido los cuentos escritos por Elena Navarro Barrero, Andrea Pacheco Derpich, David Illán Martínez, Rocío Mérida Quiñones, Anne-Charlotte Lamasse, Ángela Artero Navarro, Aranzazu Gracia Arteaga y Miryam Erro Elcano.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 31 de mayo y 1 y 2 de junio de 2019 en Murcia, en la Casa de la Piedra.

Y ocurrieron tantas cosas como estrellas en el cielo y peces en el mar.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-8-0



978-84-948135-8-0